

Armando Solano

El X aniversario de Mariátegui

INFLUENCIA Y ACTUALIDAD DE SU DOCTRINA



SE cumplieron diez años, en este mes de abril, desde la muerte de José Carlos Mariátegui, el intérprete certero del alma de América, el más entrañable escrutador de sus problemas en los últimos tiempos, y sin duda ninguna el vidente más iluminado de los caminos de su porvenir. Cuando cayó la pluma de sus manos y quedó trunca la obra, en cuyas páginas se sienten la urgencia y la angustia del prematuro fin, no pocos de los atisbos y de las formulas de Mariátegui podían quizás pasar como visiones y mirajes de un espíritu febril. Pero el transcurso del tiempo entre su silencio y nuestros días, tan llenos de gravedad definitiva, tan señalados como los últimos de una época y los primeros de la transformación anunciada, bastó para que el fervoroso profeta sea también reconocido como investigador práctico y como un estudioso severo, refractario a la ilusión y seducido por la verdad, que buscó dentro y fuera de América. Fuera principalmente.

Los trabajos del malogrado escritor peruano, cuyo recuerdo no se borra sino que se intensifica en los grupos intelectuales y políticos nacidos de su fe y de su apostólico proselitismo, buscaron el corazón y la raíz de las cuestiones americanas no por un mero alarde de erudición, ni únicamente para ostentar su capacidad de indagador y de analista, sino con la finalidad superior de hallar las directivas que debían seguir gobernando la marcha de estos pueblos. El sacó el tema fundamental del indio de la zona estéril, o menos fecunda, donde lo tenían situado los comentaristas humanitarios y líricos y los defensores de la discutible protección legal, para traerlo al terreno económico y de ahí erigirlo en la fuente central que ha de nutrir en algunos países de América toda la vida civil: la educación, la tributación, el régimen agrario, las demarcaciones y las reglamentaciones administrativas. Es claro que ciertas singularidades del Perú, provenientes del desarrollo que llegó a tener allí antes de la conquista la civilización incaica, de la fuerte supervivencia de agrupaciones indígenas y del desamparo en que hubo de abandonarlas la república, regida por el criollismo privilegiado, dan a las deducciones de Mariátegui, en ese campo, un valor restringido. Chile, por ejemplo, de tan reducido saldo aborigen, y Colombia, donde la tesis indigenista se confunde con la defensa del campesinado—compuesto por un mestizaje inextricable, que al asimilar al descendiente proletarizado del colonizador convirtió el rótulo de indio en clasificación económica y so-

cial—no comparten los antecedentes en que basa Mariátegui una parte sustantiva de sus afirmaciones. Pero deducidas tales diferencias circunstanciales y cuantitativas, su doctrina es doctrina continental y está montada sobre pilotes de evidencia que ni los años ni las modas intelectuales conmoverán.

No es ajena, sino por el contrario, inseparable de su función como precursor y guía de nuestras investigaciones sociológicas, basadas en el propio conocimiento y en la valoración de los tesoros y virtudes raciales, la íntima personalidad de Mariátegui: su flaqueza orgánica, su incesante lucha con el dolor, la sórdida pobreza de su infancia, su juventud ardida y agotada por la desesperación de saber, crucificada por los conflictos entre la dignidad y la penuria, refugiada después en un grande amor, que meció y arrulló con mimo maternal, hasta lo último, sus torturas y exigencias de niño, consentido al fin, y rodeado, por la impotente solicitud de admiradores y amigos. Esta figura atormentada, laminada por la escasez y la enfermedad, que vió el dorado fruto de la ciencia en lejanías imposibles, y se sumergió en la quieta laguna de la muerte, cuando había logrado conquistar y aplicar un método, dominar un rico instrumento de expresión y asegurarse la deferente audiencia de las juventudes de todas nuestras patrias, que coronaron con aplausos la batalla del gladiador mutilado y del vibrante caudillo espiritual, ingresa en la tradición romántica americana, que alimenta y envuelve aun los momentos y los individuos

de preciso contenido realista. Acaso el vigor de nuestros conceptos y realizaciones, así como la solidez flexible de la cultura que vamos fundando sobre despojos de civilizaciones enigmáticas, provengan en término predominante de nuestra invicta repugnancia por la deshumanización del arte, de la ciencia y de la vida. El mito cruel de la inteligencia pura, inconcebible en sano equilibrio, no tuvo arraigo en nuestro mundo ni en sus instantes de mayor auge en el Viejo. Por eso no es inoportuno sugerir que en la influencia general y no contradicha que Mariátegui alcanzó con su breve obra, labrada juicio por juicio y frase por frase sobre un estudio escrupuloso y una delicada confrontación también tuvo parte la conmovida simpatía que inspiraban su martirio y su austeridad. En largas épocas no había rasgado los aires un grito que fuese oído en los páramos, en los llanos y en la orilla solitaria de los anchos ríos, con emoción y recogimiento de tan cálido misticismo. Era que en ese grito, que traía mucho de voz de mando, pero también de queja dolorida, encontraron nuestras gentes la revelación adecuada a su índole, porque no reza con ellas el crear en el gozo ni la superación en el esplendor de la fuerza, sino el crisol del sufrimiento como origen de cuanto perdura.

Entre los imperecederos ensayos de Mariátegui, aparecidos en 1928 y saludados, simultáneamente con un libro mío, por Baldomero Sanín Cano, en palabras que traducen su comprensión de todo el problema y de las diversas modalidades de sus expositores, —(B.

Sanín Cano. «La conciencia de una raza», en el libro «Crítica y arte», páginas 201 a 217—, hay dos que agarran violentamente la atención y no dejarán de ser motivo de consideraciones y consultas. Aludo al referente a la distribución de la tierra y al titulado «Regionalismo y centralismo». Todos los paliativos, las excusas y las hipocresías, con que el régimen republicano evade la única solución natural del problema agrario, están pulverizados por Mariátegui con razones incontrovertibles y con argumentos traídos del pasado indígena, viviente aún. La falsa igualdad y la falsa libertad en cuyo nombre fué saqueado y destruído el patrimonio de la comunidad indígena, que al mismo tiempo era hogar de tradiciones americanas, escuela de los métodos raziales de cultivo, irrigación y cosecha, causa de mayor productividad y valla contra las incursiones del vandalismo exótico, quedaron inapelablemente sentenciadas en aquellas páginas vengadoras, escritas en el tono didáctico que rara vez abandonó el autor. Páginas que acusan al latifundismo, soberbio y esterilizante, del lúgubre empobrecimiento de la raza, expulsada por el pastoreo, por la explotación minera y por el baldío, de la melga sagrada. En las naciones americanas de más arraigado legalismo, continuamente gobernadas dentro de la democracia pacífica y evolutiva, los males del latifundio han venido templándose con medidas intermedias y conciliadoras que aplazan el problema y desdibujan sus aristas. Pero aun ahí, es visible ahora mismo la existencia de ciuda-

des populosas, rodeadas de vastas propiedades impro-
ductivas, o consagradas a la cría de ganados, en vez
de la tierra minuciosamente cultivada por parcialida-
des cooperativas que el Estado debía equipar y pro-
teger. Quizá no convenga mencionar, cuando es impo-
sible desarrollarlo, un tema de proyecciones tan dila-
tadas. Sin embargo, la juventud estudiosa debería to-
mar en Mariátegui convicción e impulso para prose-
guir investigaciones que mañana pueden dar sus frutos
en la legislación positiva. La tremenda crisis de la
economía y del pensamiento mundiales que se debate
en las actuales hecatombes de Europa, ahondando la
grietas de los muros milenarios de nuestra civilización
nos conjura y nos obliga a volver hacia nuestros pen-
sadores y hacia nuestra conciencia, los sentidos que
tuvimos desparramados por el confuso escenario uni-
versal. Tal vez haya en mí algún prejuicio; pero estoy
convencido de que ninguna fué, en ningún tiempo, tan-
to como la presente, la hora de aquéllos que como
Mariátegui, han procurado fijar en caracteres ameri-
canos los códigos de un porvenir que será el de toda
la humanidad.

El viejo y apasionante problema de federalismo y
centralismo ha ganado inmensamente, como todos los
que Mariátegui clava en su mesa de perspicaz e im-
placable disertor, al ser planteado sobre sencillos y
perentorios términos de realidad. Los grupos en que se
dividió la casta legataria de los encomenderos, toma-
ron según las circunstancias locales rótulos de partidos

incompatibles, para turnarse con violencia en el ejercicio del mando y fueron alternativamente federalistas y centralistas, probablemente sin excepción, en todas las repúblicas americanas. Aun en aquéllas donde la pugna engendró una sangrienta sucesión de trágicos acontecimientos, como en la Argentina, la historia nos muestra varios caudillos de los «salvajes unitarios» puestos después al servicio del federalismo, así como a no pocos amigos y favoritos de don Juan Manuel de Rosas, entregados a la causa centralista. En verdad, no hay inconsecuencia de principio que no se haya perpetrado en torno a la cuestión. Basta recordar que los liberales de Colombia, cuyo partido es y ha sido siempre avanzado y progresista, en forma que no condena ningún postulado de izquierda dentro del sistema democrático, inscribió por muchos años en su programa la tesis federalista, que representa la ambición caciquil de eludir intervenciones fiscalizadoras y moderadoras del poder central. Cuánto se ha dicho para cohonestar la descentralización política: incipiencia de las vías públicas, largas distancias, o variedades raciales, imperiosamente ordena para cualquiera mente recta y sagaz, que se aprieten los vínculos centralizadores y se robustezca la autoridad capital. Ella solamente llevará un soplo de vida y de libertad a los rincones oscuros de nuestros territorios inexplorados. Es la única que refrenará la codicia y la sensualidad de la burocracia lugareña y de los gamonales de aldea. Fomentar por medio de la federación la petulancia de las notabili-

dades rurales y el risible despilfarro de gobiernos y parlamentos provinciales, so pretexto de mantener un mito anticientífico y suicida: la autonomía de las regiones, que apenas significa la sujeción interminable del labriego y la esclavitud del elector, es para ciertos países un error en el que no reincidirán. Mariátegui, muerto antes de cumplirse grandes sucesos que militan en favor del centralismo, dejó injustificada la federación. Esta, como es notorio, no subsiste sino cuando el poder central retiene facultades constitucionales suficientes para reprimir sus extravíos.

Cada vez que hablamos o escribimos, es para decir que América, desencantada del caos europeo, ha de abrirse sus propios derroteros. Hoy, en la situación a donde llega la catástrofe del viejo mundo y evocando la memoria del animador y conductor espiritual que consagró la potencia milagrosa de su alma y todos los minutos de su vida fugaz a preparar el futuro americano, es oportuno reflexionar sobre el tema, que concede más dilaciones. Quienes dirigen y gobiernan deberían saber a estas horas si vale o no vale la lección indígena, sistemática o pérfidamente desconocida hasta hoy; si los métodos autóctonos de distribución y cultivo de la tierra son y por qué, inadaptables al presente; si debe o no intentarse algún esfuerzo para salvar los restos de la raza, en naciones cuyo peor mal es la despoblación. Es evidente que los mismos países de más alta proporción de sangre americana, se gobiernan por conceptos y leyes europeos con menosprecio del prin-

cipio democrático, y nada indica todavía que tales países dejarán de considerar el problema indígena como un fastidioso episodio en la vida de los hijos de los colonizadores. Y parece probable que pueblos constituidos así, sobre la mentira y sobre la ignorancia, no han de presentar mañana, en la hora de los conflictos vitales que llegan, la resistencia necesaria para subsistir como entidades independientes. Nada, sin embargo, sería tan natural y fácil como conseguir dócilmente los llamamientos de la intuición y de la tierra, que encontraron sistematización científica en la obra del insigne limeño. Su caso, por privilegiada excepción, escapó a las turbulentas sonoridades de la propaganda justiciera en América. Fué un pensador de honda concentración, un escritor armonioso, un polemista que no perdió ni en las horas más rudas del combate, el dominio del gesto y de la línea. Su ejemplo está destinado a perdurar en nuestro continente, que no responderá a su destino, sino siguiendo la huella de los precursores de su inteligencia.

Armando Solano, Consejero en la actualidad, de la Embajada de Colombia en Santiago, figura, con justicia, entre los más destacados escritores de su patria. La obra desarrollada por Solano en el periodismo y en las letras, revelan a un espíritu nutrido en nobles disciplinas estéticas y a un hondo intérprete de la realidad colombiana.—N. de la D.